El Puente que se Aproxima

Elvis Conti

Capítulo 1

Por momentos, conforme el paisaje se va transformando ante mi vista, de una vegetación verde y tupida a otra amarilla y seca, el ritmo casi imperceptible y, por lo mismo, adormecedor del tren, me hace olvidar fugazmente el ardor que me escuece el alma.

Empero, ese alivio, según lo pienso, me parece que es más a resultas de la necesidad que tengo de sofocarlo, aunque sea solo un poco, y no por aquello que registran mis sentidos.

Tomar el tren ha sido una tregua.

Una parte de mí permanece en guardia después que mi primer impulso y pensamiento ha sido morirme, cómo sea, pero acabar de una vez con esto. Este viaje en tren, con su parsimonia y vaivén, lleno de ojos escrutadores, me obligan a cavilar mi decisión.

-0-

A Arthur ya no lo vi más.

Lo que aconteció a continuación, según parece, no lo retuvo mi cabeza. Reparé en lo sucedido, hasta que corría por las calles sin rumbo. Fue justo cuando pasó un tranvía, con sus ruedas de metal chirriando, que pensé en el final. Pero, aunque esa idea me enardecía, sucumbió cuando advertí la muchedumbre que recién salía apresurada de sus empleos. En una esquina tomé un respiro. Y ahí, doblado, con las manos sobre mis rodillas y jadeando vigorosamente, debí vomitar todo el amargor que traía adentro. Y solo hasta que terminé de hacerlo, pude rememorar los detalles de las escenas en el *Palace Hotel* que mi cabeza, todavía bajo el pasmo, me fue trayendo lentamente.

La cara de mi padre, aturdido, y la de mi madre, afanada más en él, que en darle curso a su propio estupor. Ya no quise quedarme a atestiguar como se desmoronaban 33 años de ser el hijo ideal. No quise esperar por el juicio de ellos, ni el de nadie, pues ya el propio me resultaba intolerable.

En una de tantas calles por las que crucé, al doblar la esquina, a la vista de un gran cartel, me asalta otro pensamiento emergente: alistarme en el ejército. Los tambores de guerra vienen resonando sonoros y graves desde hace tiempo, se afirma que no llegará 1915 sin haberse declarado. La noción de morir como un hombre, de un bayonetazo tomando las trincheras enemigas en un campo de batalla, me resulta dignificante.

Me es inevitable regresar a la navidad de 1894. Con la algarabía propia de las fiestas, en la casa de mis abuelos y con toda la familia reunida. En esa ocasión yo, un niño de 12 años, transito de la ilusión en la inocencia, hacia emociones hasta ese momento desconocidas. Descubrí culposamente, que mi corazón podía palpitar impetuoso ante la cercanía de mi primo Charles. Mi mente infantil, aunque rehén de la ignorancia, presintió algo sórdido en todo aquello, opté precavido por enterrar ese secreto.

Fue hasta la universidad que, mi naturaleza oculta hasta entonces, emergió sin avisar. Contra mi voluntad, duramente, a pesar de mi estricta formación anglicana, de todas mis creencias y valores, de mis razonamientos más lúcidos, tuve que aceptar lo que soy. Reconocer que mis predilecciones son una parte inseparable de mí, y que no hay nada que hacer. No obstante, este doloroso manifiesto personal, resolví que, por temor a Dios, por respeto a la ley y por el buen nombre de mi familia, rechazaría cualquier conducta nefanda o contra natura. Tiempo seguido me sumergí por años en el estudio del derecho y la filosofía, lo que apenas me dejó asomar la cara hasta que egresé de Oxford.

Mucho después, ya en el ejercicio de la práctica legal, los vericuetos del destino me llevaron a establecer una relación sentimental con Mary Graham, convencido que podía llevar una vida fingiendo ser lo que no era. Muy pronto, me enteraría que ese fiasco, ese cruel acto de egoísmo, tuvo en Mary a una víctima.

-0-

Es el boletero, que me sustrae del obscuro pozo en el que discurren mis pensamientos. Me pregunta si seguiré hasta Londres, le digo simplemente que no lo sé, mientras que, perplejo, recibe el dinero que le extiendo para cubrir su costo.

Nuevamente el horizonte parece transformarse, el ferrocarril ahora se ha internado en una zona boscosa. La cabina se obscurece, y es hasta ahora que me hago consciente de las personas sentadas a mi lado. Sin embargo, no pongo mucha atención. Mi ánimo me empuja a tomar una decisión. Aprieto la quijada y me froto las sienes.

Vuelvo a pensar en Arthur. La razón y el motivo por el que me atreví a desafiar a todo, incluido a mí mismo. La persona que me hizo pensar que yo tenía derecho a ser feliz.

No puedo dejar de sentir culpa. Porque el único responsable de todo esto que ha ocurrido soy yo.

Fui yo quien planeó nuestro primera y única cita. Fui yo quien, ante la exaltación por nuestro encuentro, no tuve el buen cuidado de cerrar bien

la puerta de nuestra habitación 301 en el Hotel, dejándome llevar por la poderosa emoción del inminente primer abrazo y, quizá, de un primer beso.

La única culpa que no aceptaré, será la de no haber presentido que ese mismo día, a esa misma hora, estarían mis viejos padres de visita en Manchester y saliendo del cuarto número 303.

¡Oh, que calamidad! ¡El destino premió mi virtud mientras me escondí de mí mismo! ¿Por qué siento tanta culpa? Me duele la cabeza de tanto pensar en las cosas. No entiendo tanta crueldad.

Después de unos segundos, me doy cuenta que sollozo fuertemente, mientros observo la incomodidad de las personas en ese compartimiento. -*Lo siento*…- Alcanzo a decir quedo y, sin pensarlo mucho, me levanto y salgo del camarote, camino por el pasillo hasta llegar a salida de ese vagón. Abro la puerta y me recibe una fuerte brisa y las gruesas gotas de lluvia que ahora caen. El ruido que, desde el camarote se oye apenas como un murmullo, aquí es violento y martillante. La tarde ha ido cayendo, pero aún es posible ver el puente que se aproxima.

Fijo mi vista hacia adelante, suspiro hondamente y doy el paso final, ¡Perdón, a todos! …